

Discapacitar al comedor. Reflexiones en torno a la historia de la alimentación mundial

MARTINA KALLER-DIETRICH

Dice un peyorativo refrán: "El campesino no come lo que no conoce". Algo así sólo lo pueden afirmar personas que creen no necesitar saber lo que toman para sí y lo que asimilan cuando comen. Ellos son los modernos y desarrollados "comelotodo", los cuales no conocen lo que se sirve en la mesa, en ninguna de sus fases generativas, pero que pueden claramente valorarlo como producto. Este tipo de gente simula su recuerdo original de los sabores a través de emulsores, sabores artificiales y saborizantes. Su percepción de la comida la reducen al registro fisiológico de vitaminas, proteínas, grasas, hidratos de carbono y, sobre todo, al de contenido calórico. Esta especie humana, que recién apareció a nivel mundial en la etapa posterior a la segunda Guerra Mundial, se sirve de los adelantos de la revolución verde —según sus propias declaraciones, para nada menos que asegurar la alimentación mundial— y deja tierra árida, ollas vacías y desolación en aquellos lugares donde, desde tiempos inmemoriales, siempre creció algo y donde siempre se cocinó y se comió. Los modernos "comelotodo", vistos histórica y antropológicamente, son un exotismo social que empero —siempre esforzándose en la aclaración de con-

ceptos— han llamado alimentación precisamente a aquello que en otras partes se llama comida, con todos sus múltiples significados. El término "alimentación" implica que los productos alimenticios son cultivados y elaborados industrialmente por profesionales, así como repartidos por instituciones, para ser adquiridos, consumidos, deglutidos y "aprovechados energéticamente" por los consumidores.

A fines del siglo XIX, la alimentación, como una parte del proceso de industrialización en curso, se convirtió en Europa en tema de interés público, de acuerdo con la construcción de un concepto antes inexistente: del de "lo social". Esto influirá, en el plano de la economía política, en la formación de "capital humano" para el aumento de la productividad. Detrás de todo ello, se encuentran dos principios estatales que marcan hasta el día de hoy las políticas para la pretendida "alimentación" mundial. Por un lado, la economía de guerra, de la que se derivan el transporte y aprovisionamiento capitalistas, así como el racionamiento basado en la necesidad de los sacrificios que impone la nación. Por otro, la homogeneización de los niveles, cuantitativos y cualitativos, del consumo alimentario. Las políticas alimenticias mencionadas exigen la expansión capitalista, el crecimiento económico nacional y la destrucción de formas de vida vernáculas.¹ Paralelamente al robo de recursos, que también significa la amputación de las propias raíces de la gente, aparecen los llamados estándares de alimentación y de salud, como medidas para incapacitar a los "comedores" autónomos y a sus costumbres, llamadas subdesarrolladas. La violencia, las fantasías de factibilidad ilimitada y la expectativa de acceder a un paraíso estéril, el cual, al permanecer herméticamente cercado, impide el riesgo de mezclarse

MARTINA KALLER-DIETRICH: *Filósofa e historiadora, con especialización en temas latinoamericanos. Actualmente realiza una investigación titulada: El poder sobre los estómagos. Perspectivas de resistencia contra el poder diagnóstico del desarrollo. La nutrición como amenaza para la cultura cotidiana de las mujeres campesinas en un país industrializado (Tirol, Austria) y un país en vía de desarrollo (Oaxaca, México).*

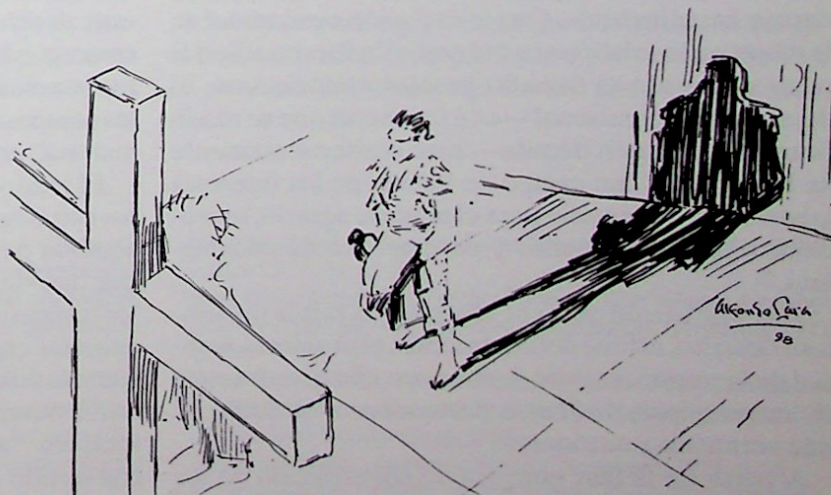
con la creación caótica, forman monolitos aparentemente inmovibles, pero tan desenraizados como todo el pensamiento patriarcal que le sirve de fundamento.

En este sentido, el hogar moderno, una célula herméticamente cerrada, se ha convertido también, desde el siglo pasado, en el calabozo interno del organismo estatal. El cambio de formas no industriales de adquisición y preparación de comida al trabajo industrial casero ha transcurrido casi inadvertidamente, con lo cual los hogares en las sociedades modernas han pasado a convertirse en barrios de miseria, en los cuales se degradan millones de mujeres. Al hogar moderno se le puede contraponer una representación del espacio vital, del espacio de referencia y del espacio social no industrial, el mismo que se refleja metafóricamente en la diosa pre-platónica Hestia.² Hestia, que también significa fogón en griego, es una de las diosas matriarcales más antiguas, encarna el centro del mundo, de la misma forma que el fogón se ubica en el centro de la casa, centro a su vez de una amplia comunidad hogareña. Este fogón, del cual emana calor y sobre el cual se preparan los alimentos, significó para la comunidad hogareña el ombligo de la tierra, porque fogón, como Hestia, es sinónimo de tierra. Hestia es la vigilante de los asuntos esenciales: la profundidad de la tierra, la casa, los corazones y los estómagos. Su significado perduró en la Grecia pos-platónica y se encuentra en las incontables encarnaciones de la diosa alimentadora, la misma que sigue viviendo hoy en los mitos de ciertos pueblos agrícolas. Del recuerdo patriarcal, sin embargo, ha sido borrada.

En su lugar se ubicó el andrógino mensajero de los dioses, Hermes, sin relaciones y siempre con prisa, el logos, la palabra de dios hecha carne. Hermes, independiente y sin relaciones con la naturaleza, encuentra inspiración sólo a través del estar-dirigido-a-sí-mismo; es decir, a través de la introspección. Él piensa y actúa dentro de la inalterable cárcel de su espíritu y se cierra herméticamente a las experiencias corpóreas y a la vida del quehacer cotidiano vernáculo en plenitud creadora. Con ello representa una oposición dicotómica a la diosa Hestia, cálida, dadora y creadora. Sus dones naturales y culturales, los cuales giran en torno a la producción y preparación de las comidas y de lo necesario para vivir, desaparecen detrás de lo planeado y

construido, y de lo estratégico de las perspectivas hermesianas, las cuales colocan bajo la luz de las candilejas de los intereses, lo que nosotros llamamos hoy en día alimentación.

La historia de la alimentación mundial es relativamente corta. Recién desde que la perspectiva hermesiana se convirtió en "global", unos veinte siglos después de que la figura de Hermes dejara de ser adorada, y desde que el cosmos no pertenece más a nuestro mundo, porque creemos haberlo limpiado de toda vida comunitaria, podemos pensar en la alimentación como categoría. El mundo entendido como máquina de trabajo planetaria y mercado global, equivale a la imagen de la tierra como nave espacial en la cual nosotros debemos estimar, controlar y regular permanentemente los factores aislados del cosmos. Entre estos factores se encuentran aquellos que tienen que ver con la producción y el consumo de los alimentos. De este modo, lo que los seres humanos comen, y la forma en que obtienen la comida, tampoco será dejado a la casualidad. Desde 1949, en la cuna de la era del desarrollo, la alimentación se convirtió en un asunto del negocio internacional, llamándose *agribusiness*. La ONU mantiene cuatro organizaciones que se encargan burocráticamente de alimentarnos: la FAO (ONA, Organización de Nutrición y Agricultura), el UNFP (Programa de Alimentación de la ONU), la WHO (OMS, Organización Mundial para la Salud) y el UNEP (Programa Ecológico de la ONU), cuyos objetivos, por otra parte, son con frecuencia contradictorios. Sus planes imperialistas de progreso y desarrollo han reducido la agricultura a la agronomía, de tal manera que han convertido la preo-



cupación por la comida diaria en un asunto de hombres y expertos, un campo de la ciencia y de la planificación, el cual pretende castrar a las mujeres y los campesinos. La vida de la gente económicamente no productiva, la de los llamados pobres, en sus comunidades rurales es considerada como "aislamiento tradicional". Sus condiciones de vida locales deberían ser cambiadas, incorporándolas a patrones universales, como los de clase, raza, sexo y cultura, los cuales fueron establecidos como mecanismos del poder colonial. El desarrollo ha generado así una homogeneidad artificial y a lo más que ha llegado, en su momentos de mayor lucidez, ha sido a la caricaturización de las formas concretas de vida de la gente en el Sur. De esta manera, las capacidades productivas y

creadoras de las mujeres también fueron ignoradas de acuerdo al modelo euro-americano de las "amas de casa". Este hecho ha contribuido a una división del trabajo de acuerdo al sexo, la cual ha asignado a las mujeres y a sus actividades tradicionales —como aquellas que giran en torno al autoabastecimiento familiar— un papel invariablemente subordinado, secundario y hasta invisible. Con la exclusión conceptual de la mujer en lo relativo a la nutrición, le fueron abiertas puerta y portón al llamado problema nutricional. El desarrollo internacional —con sus metas que se modifican de década en década— hizo consecuentemente de la nutrición "un campo de batalla de los intereses urbanos, un buen suelo para el negocio agrario, tecnocrático, macroeconómico y necesariamente nacionalista."³

A continuación quisiera recordar las raíces del proceso descrito, al final del cual se halla el problema mundial de la nutrición, para ilustrar con ello que, frente a él, los principios de Hestia pertenecen a un estilo de vida vernácula y autónoma.

A partir de la fase europea de colonización de los siglos XVI y XVII, y de la revolución agraria del siglo XVIII, se dio un cambio esencial en la percepción del

ámbito económico. Surgió la economía política como la conocemos desde aquel entonces, basada en el principio hermético de intereses económicos particulares o nacionales. Cabe señalar que la economía doméstica anterior al siglo XVIII defendía la moderación y el mantenimiento de una reserva constante de bienes,

con el único fin de la perpetuación comunitaria. Por el contrario, la economía política, de acuerdo con Adam Smith, centra el concepto económico moderno en el crecimiento a través de la productividad. "Uno ya no producía las riquezas mundiales sino que se adueñaba de ellas", formula el historiador Johannes Burkhardt.⁴ Este cambio de paradigma en la teoría económica fue espectacular, porque en la mente de la gente de los siglos XVII y XVIII no ha-

bía conciencia de la diferencia entre productor y consumidor.⁵ Según el nuevo principio antropológico de Adam Smith, quien orientó su teoría hacia el crecimiento económico de una nación limitada a sus fronteras herméticas, se convirtió la productividad en la medida de la buena vida, de la prosperidad económica nacional y del prestigio social. La imagen humana, en este desarrollo económico, muestra a las personas como productores individuales, los cuales maximizan sus beneficios de manera posesiva e independiente de los contextos sociales. En relación con la sobrevivencia material, este ser es asexual.

El punto culminante de esta manera de pensar y de sus estrategias se manifiesta en la imperceptibilidad de aquellas personas y actividades no remuneradas, pero que dan vida y que producen alimentos. Las mujeres y los campesinos son el "ejército de reserva" del sistema mundial capitalista, los cuales han sido descubiertos como la "última colonia"⁶ para las medidas de desarrollo. El desarrollo regional campesino, por ejemplo, y el reciente "women empowerment approach" se han convertido en estrategias de desarrollo cada vez más importantes, bajo el pretexto de la subalimentación y la nutrición deficiente. Los llamados Programas de Fo-



mento de Mujeres aspiran —de manera análoga a las estrategias de desarrollo regional de hace 20 años— al involucramiento de la mujer en la economización de zonas rurales, la cual significa “el aumento de la productividad y de la utilidad, . . . monetarización y modernización de la sociedad e . . . integración en la economía nacional”; o sea, todo lo contrario del “auto-abastecimiento de alimentos”,⁷ tal como fue propuesto por Moore Lappé y Collins.⁸ Aquellos créditos que fueron otorgados en zonas rurales a los jefes de familia masculinos, en el marco de la estrategia de las necesidades básicas de los sesenta y los ochenta, y que llevaron a la espiral de producción de la revolución verde, serán de aquí en adelante dirigidos con el mismo fin a proyectos de mujeres. Unos cuantos campesinos se convirtieron en productores agrícolas, la mayoría en cambio permanecen pobres, no sólo debido a la pérdida de la base de su abastecimiento diario de comida sino también por renunciar a sus costumbres alimenticias cultural y ecológicamente adaptadas. Los programas de las misiones internacionales de desarrollo han hecho posible que los mismos campesinos no se puedan permitir comer sólo aquello que conocen y que ellos mismos producen. Una cultura universalista, que ha convertido a cualquier otro modo de vivir en un mero mercado folclórico, se propone por tanto convertir a las mujeres en una colonia

más, dirigiéndolas y dominándolas. Se percibe a las mujeres como el “capital desperdiciado”, el cual debe incorporarse al mercado de trabajo, aunque sus recompensas, por supuesto, no puedan ser equiparadas a las recibidas por los hombres, ya domesticados desde hace tiempo.



Nada recuerda en este escenario a la perspectiva de Hestia, la vida en abundancia natural, la moderación y la posibilidad creadora de las mujeres de dar vida y comida. Pues al contrario de las costumbres de los consumidores de alimentos, herméticos y discapacitados, los cuales han sido separados de sus raíces agrícolas, de su historia, de una parte de sus conocimientos instintivos y también de los correspondientes sueños y miedos, imágenes y fantasías, la perspectiva de Hestia abarca todo aquello que procede del interior de la tierra, del campo, del fogón, del cuerpo y que nuevamente vuelve a ellos. Para los hombres y las mujeres concretos que no se han integra-

do a la especie de los modernos y desarrollados “comelotodo”, aquello que llega a la mesa y a los estómagos está enraizado con su vida, su mundo y su cultura. Este pedazo de cultura se halla en sus manos, es una parte de su poder y se mantiene herméticamente excluida del tráfico de lo producido y lo consumido bajo el pretexto del desarrollo de la “alimentación mundial” •

Notas

- ¹ *Vernáculo* o *vernacular* es un término de origen latino, que se usa para referirse al lenguaje adquirido sin intervención educativa; es decir, al lenguaje materno. La palabra *vernacular* fue utilizada en la Roma antigua para referirse a todo lo que se generaba en casa a fin de consumirlo en la misma comunidad casera.
- ² Véase el argumento en Patricia J. Thompson, *Daily Household Life as a Reflection of the Domestic and the Political Economy from the Hestian and Hermean Systems Perspective*, en Irmitraut Richarz (Hg), *Haus-halten in Geschichte und Gegenwart*, Göttingen, 1994, pp. 153-163.
- ³ Al Imfeld, *Hunger und Hilfe. Provokation*, Zürich, 1986, p. 160.
- ⁴ Johannes Burkhardt, “Das Verhaltensleitbild ‘Produktivität’ und

seine historisch-anthropologische Voraussetzung”, 1974, en *Saeculum* 25, 1974, p. 286

- ⁵ Véase este argumento en Michel Foucault, *Die Ordnung der Dinge. Eine Archäologie der Humanwissenschaften*, Frankfurt 1971, p. 211

- ⁶ Véase Veronika Bennholdt-Thomsen, Maria Mies, Claudia von Werlhof, “Frauen, die letzte Kolonie”, en *Technologie und Politik* 20, Reinbek bei Hamburg, 1988.

- ⁷ The World Bank, *Aussalt on Poverty*, Baltimore, 1975, p. 16

- ⁸ Frances Moore Lappé y Joseph Collins, *Food First: Beyond the Myth of Scarcity*, San Francisco, 1977.